

La tienda

Mi madre, como buena dueña de una tienda de ropa, siempre le gustó tener las prendas más recientes y más a la moda expuestas en maniqués, perfectamente colocados para los curiosos clientes. Para ello, siempre usaba unos antiguos maniqués de tela y madera, que aunque cumplían bien su función y le daban un aire más rústico a la tienda, ya se estaban quedando algo viejos y desgastados.

Aquel día volvía yo de la escuela, agotado por la larga jornada que acabábamos de tener, cuando me encontré a mi madre en el salón, con una gran sonrisa en la cara, abriendo una caja en el suelo.

Me acerqué, curioso, a ver lo que estaba haciendo. Me puse al lado de ella y no pude evitar asustarme cuando vi una cabeza humana adentro de la caja.

- Pero mamá, ¿qué es eso?

Mi madre me miró y se rió

- Tranquilo, hijo, son solo los nuevos maniqués que pedí para la tienda- alzó la cabeza con la que previamente me había asustado.- ¿Te gustan?
- ¿Nuevos maniqués? - Pregunté con desconfianza pues parecen muy reales.

Desde ese día me sentí observado cada vez que entraba a la tienda de mamá. No sé explicarlo, pero cada vez que miraba a esos maniqués a la cara sentía una incomodidad que nunca antes había vivido.

Todo empeoró una noche, la cual me había quedado despierto hasta tarde leyendo. Empecé a escuchar ruidos en la planta baja, en la tienda. Dejé mi libro a un lado y escuché atentamente. Sentí un escalofrío pero aún así me atreví a bajar.

Llegué a la planta baja, a la trastienda. Temblando abrí la puerta de la tienda y entré. Miré a mi alrededor en la oscuridad y suspiré aliviado al ver que el origen del ruido eran unas cajas que se había caído. Las recogí rápidamente y volví a subir las escaleras.

Por el camino me reí de mi estupidez, todo el rollo de los maniqués me había dejado paranoico. Abrí la puerta pero me quedé paralizado, porque allí, observándome desde la oscuridad, había un maniqué sentado en la silla de mi escritorio.